NOCHE, NOVELA DE ALEJANDRO SAWA, EN EL AMBIENTE CIENTIFICO DE LA DECADA DE 1880

En España se abre la década de los ochenta en medio de las polémicas febriles, iniciadas unos años antes, sobre la esencia y el papel del naturalismo y su relación con el Zolaísmo. En 1880 Zola penetra resueltamente en España con traducciones de *La taberna, Nana, y Una página de amor;* tres años más tarde, podemos decir que el naturalismo ha adquirido ya una verdadera existencia.

Zola, que se había propuesto elevar la literatura, con la ayuda del método experimental, a la categoría de ciencia, hace posible en la novela, la verdadera convivencia del Arte y la Ciencia. Nace así la novela científica que «se caracteriza por el predominio de la observación sobre la inspiración y el estudio científico del hombre sobre la ficción».[1] La investigación y la experimentación llevan al novelista al estudio de vicios, de sentimientos morbosos y perversos, de seres degenerados y de organismos enfermos regidos por influencias hereditarias o ambientales. El novelista pasa a ejercer oficio de patólogo y la literatura se convierte en una vasta clínica en la que se observan y analizan tipos psicopáticos. Como resultado de esto, la producción novelística de varios autores naturalistas refleja

[1] Walter T. Pattison, *El naturalismo español,* Madrid, Gredos, 1965, p. 42.

diversos aspectos de la patología, así como de la psicología del cuerpo social.

Para estudiar la novela de la década de los ochenta, necesitamos reunir los adelantos científicos de la escuela antropológica criminal. Ya en 1876 César Lombroso, profesor de medicina legal en la Universidad de Turín, había publicado un folleto en el que exponía su teoría sobre el origen de los rasgos criminales. Aumentado a tres tomos lo publicó en 1884 con el título *L'uomo delinquente*. Lombroso se proponía reducir la medicina legal a las causas físicas más objetivas, y sustraerla a las «impresiones», a la vez que trataba de elevar la investigación al nivel científico-experimental.[2] A lo largo del siglo, un lento proceso de desviación de las teorías fisionómicas y frenológicas de Lavatier y Gall había creado, en la mente popular, la noción falsa y extravagante del delincuente, un ser primitivo y salvaje, con ciertas singularidades físicas.[3] Lombroso se propuso destruir esa visión mítica del delincuente, mediante la fijación de unos rasgos físicos para la caracterización de distintos tipos de delincuentes.

Según Lombroso, están equivocados por igual quienes imaginan al criminal como un hombre espantoso, densamente barbudo con la mirada chispeante y feroz y la nariz enorme y aguileña, y quienes opinan que no hay ninguna diferencia física entre el hombre delincuente y el hombre normal. Los criminales, aunque no siempre tienen un aspecto feroz y terrorífico, poseen una fisionomía particular que varía en cada forma de delincuencia. Dada la exactitud requerida por la antropología, Lombroso hizo, en conjunción con Ferri, Ribot y otros, una comparación de los datos antropométricos de más de 2.500 criminales y de más de 1.200 hombres honestos, llegando a la conclusión de que el criminal ordinario es un tipo atávico con rasgos físicos y psicológicos muy definidos.[4] Lombroso

[2] Luigi Bulferetti, *Cesare Lombroso*, Torino, UTET, 1975, p. 153.

[3] Luis Maristany, *El gabinete del Doctor Lombroso*, Barcelona, Anagrama, 1973, pp. 25-26.

[4] Cesare Lombroso, *L'uomo delinquente*, Roma, Napoleone Editore, 1971, pp. 83-84.

repartió a los delicuentes en cinco categorías: (1) El delincuente nato (antropológico), es decir, el que nacido con malos instintos no puede ser rehabilitado. (2) El delincuente de ocasión. (3) El delincuente loco. (4) El delincuente por pasión. (5) El delincuente habitual.[5]

Algunos de los caracteres más comunes a todos los delincuentes son: (Físicos) asimetría de la cara, mandíbulas salientes, microcefalia, orejas de asa, labios gruesos, ojos pequeños, irregularidad de dentadura, dientes caninos largos, pobreza de barba, tartamudez, histerismo, precocidad sexual, raquitismo, tisis; (morales) apatía, verbosidad o mutismo exagerados, vanidad excesiva, excentricidad, extremado egoísmo, etc.

Las teorías antropológicas de Lombroso irrumpieron y se difundieron por toda Europa, y en 1885 se celebró en Roma el primer Congreso Internacional de Antropología Criminal. En 1886, el criminólogo francés Gabriel Tarde, en *La Criminalité Comparée,* reunió sus estudios sobre antropología criminal con las innovaciones de Lombroso. En 1887 apareció la traducción francesa de la tercera edición de *L'uomo delinquente.* Sin embargo, en este mismo año, en España, el profesor Pedro Dorado estuvo a punto de ser expulsado de su posición universitaria simplemente por exponer en su cátedra de Salamanca las teorías de Lombroso.[6] Al mismo tiempo en la Universidad de Oviedo, el catedrático de derecho penal, Félix de Aramburu, daba la primera exposición española de la antropología criminal. Sin embargo, fue Rafael Salillas quien, en 1888, en una conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid sobre el tema «La Antropología y el Derecho penal», divulgó en España las teorías lombrosianas.[7]

También se desarrollaba durante esta época la literatura científica que trataba de los grandes procesos: la literatura procesal. Aparecían crónicas de tribunales, libros de crimino-

---

5 Lombroso, *L'uomo delinquente,* p. 47.
6 Maristany, *El gabinete,* p. 32.
7 Maristany, p. 33.

logía así como obras que, para satisfacer la fantasía degenerada del público, relataban las proezas de los grandes criminales. Se multiplicaban las biografías a la vez que los periodistas publicaban entrevistas con los grandes delincuentes. Al delincuente célebre se le tributan los mismos honores que al hombre ilustre. Libros y periódicos encarecen la figura de los autores de grandes delitos. No hay fronteras para este tipo de literatura. Así el caso Faella, en Italia, se reverbera, por los detalles del crimen, en el proceso Mercier en Francia en 1884.[8] El caso del monomaníaco religioso Davide Lazzaretti, que dominó con sus actividades la década de los setenta y que fue un verdadero hecho histórico, fue objeto de estudio por Lombroso en 1880. Este le identificó como «un tipo criminaloide».[9] Entre 1880 y 1890, especialmente en París, debido a la influencia de la prensa, eran populares entre las mujeres los delitos pasionales por medio del revólver y del vitriolo. «El ejemplo de este *amor con vitriolo* lo dio Clotilde Andral, así como otra hermosa actriz, María Briére, inventó el *amor con revólver*».[10]

En España también se revela, en varios estudios publicados en la época, esta preocupación por el ambiente criminal. El catedrático de Oviedo, Félix de Aramburu, en 1887 dio unas conferencias con ocasión de «un ruidoso crimen» ocurrido en Asturias.

Como decíamos, los criminales célebres eran objeto de discusión científica. Ejemplar fue el caso de Pranzini, el asesino de mujeres, cuyo proceso fue tan famoso que suscitó enor-

---

[8] Scipio Sighele, *Literatura trágica,* Madrid, Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, 1910, p. 224.

[9] Cesare Lombroso, *L'uomo di genio,* Vol. II., Roma, Napoleone Editore, 1971, pp. 290-310. Véase también *Archivo di Psichiatria,* 1881, I, fasc. 1, II; Giorgio Colombo, *La scienza infelice,* Torino, Editore Boringhieri, 1975, pp. 129-40; Luigi Bulferetti, *Cesare Lombroso,* Torino, UTET, 1975, pp. 514-19. En 1882 muere el viejo y famoso bandido Gasparone y Lombroso estudia su historia y su morfología cránica, Colombo, p. 48.

[10] Sighele, p. 225.

me interés en la prensa internacional así como en el público.[11] Se contaban las predilecciones literarias del bandido, se describía su guardarropa o se comentaban los «menús» de sus comidas.[12] Eduardo del Palacio, satirizando esta atmósfera morbosa, en 1887 publicó en *El Imparcial* el artículo «La piel de un reo» en el que imaginó que, después de la autopsia del cadáver de Pranzini, se echaron de menos algunos fragmentos de la piel del célebre reo; ¡Quizás fueron a servir de reliquia o de amuleto! Otros consideraron las faltas una profanación. «Pranzini representa una época. Para las personas curiosas, un objeto que ha pertenecido a cualquier personaje célebre, bien fuese político o bien criminal, es tesoro inapreciable».[13] Del Palacio concluye que «los poseedores de los fragmentos de la piel de Pranzini son los fanáticos por el crimen o los salvajes de bien, vulgarmente denominados tontos».[14]

En España, en la década de los ochenta y la primera mitad de la de los noventa, el naturalismo domina todo el ambiente intelectual y cultural de la época transformándose y adaptándose a los varios rumbos literarios y científicos. La complejidad de la creatividad española según se manifiesta en la obra de Pérez Galdós, Pardo Bazán, Clarín, Palacio Valdés, Alejandro Sawa, López Bago y muchos otros, da fe de la ascendencia del naturalismo en este período.

Una miríada de ejemplos encontramos en la novela naturalista española desde su incepción, pero dada la limitación de este estudio, mencionaremos aquí sólo unos ejemplos deslizándonos a saltos por determinada época de la obra de Galdós,

---

11 Como ejemplo podemos mencionar M. Gil Maestre, *La criminalidad en Barcelona y en las grandes poblaciones*, Barcelona, 1886; del mismo autor, *Los malhechores de Madrid*, Gerona, 1889; M. Lugilde y Huerta, *Morfología del robo o ladrones de Madrid*, Madrid, 1889; José María Escuder, *Quemas y crímenes*, 1881, y del mismo autor, *Plus Ultra*, 1890.

12 Sighele, p. 226.

13 E. Del Palacio, «La piel de un reo», *El Imparcial*, 29 de septiembre, 1887, p. 3.

14 Del Palacio, p. 4.

para luego detenernos en *Noche* (1888), la última novela de Sawa.

Galdós, desde el estudio del desequilibrio mental de Anselmo, en *La sombra*, nos ha presentado varios casos de personajes anormales. Montesinos afirma que, «Galdós muestra una curiosidad insaciable en el estudio de las anomalías humanas... Detrás de cada novela habrá ahora una seria documentación».[15] En *La desheredada*, 1881, nos documenta los efectos del ambiente y de la herencia psíquica y fisiológicamente patológica, nos hace un estudio de la vanidad y de la ambición y abre el escenario en el manicomio de Leganés: «...aquella triste colonia no representa otra cosa que la exageración o el extremo irritativo de nuestras múltiples particularidades morales e intelectuales».[16] El manicomio es un recinto donde se coleccionan, psicológicamente agudizadas y en trágica síntesis, las tendencias de la época. Es un museo viviente que revela al estudioso todas las glorias y todas las miserias de la vida que se vive afuera.[17] Galdós comparte con los médicos de la época la teoría de que, estudiando en cárceles y manicomios la psicopatología de la humanidad, se llega a comprender mejor la psicología normal de los hombres sanos.[18] Isidora, de visita en este triste lugar, recibe su primera lección del amanuense Canencia, quien, entre sorbos de aire, declara sentenciosamente que «una de las enfermedades del alma que más individuos trae a estas casas (manicomios) es la ambición, el afán de engrandecimiento, la envidia que los bajos tienen de los altos».[19] Isidora, en su imaginación, suele crearse una segunda vida ilusoria y fantástica, lo que en ella es un vicio, como la embriaguez o el juego, que la empujará hacia

---

15 José F. Montesinos, Introducción a *Lo prohibido*, Madrid, Clásicos Castalia, 1971, p. 15.

16 Benito Pérez Galdós, *La desheredada, Obras Completas*, IV, Madrid, Aguilar, 1941, p. 973.

17 Sighele, p. 211.

18 *Ibid.*

19 Galdós, *La desheredada*, p. 980. Todas las referencias entre paréntesis serán a esta primera edición.

el desmoronamiento moral y la prostitución. La joven sufre ligeras neuralgias de cabeza y frecuentes y penosos insomnios causados por la vida de imaginación encajada en la vida fisiológica (992). Interesante caso es Riquín, el niño macrocéfalo, hijo de la ambición delirante y del vicio mental de Isidora y del tronado marqués de Saldeoro, culpable de la más alta vagancia (1071).

Otro caso es el del neurótico Pecado quien, entregado al vicio del juego (1092) y sufriendo ataques epilépticos, por criminal instinto, personaliza en el Rey a toda la sociedad a la que, por aberración de su pensamiento, cree confabulada contra él (1153-56). Muy obvio es el estado psicopatológico de Rufete, que se exterioriza físicamente mediante la barba escasa, el labio superior demasiado largo y colgante, el rostro pálido, la piel papirácea, etc. (971-72), así como el de los niños que siguen a Majito en cuyos cráneos achatados, en los pómulos cubiertos de granulaciones y en el pelo ralo se descifra la inevitable criminalidad inscrita por el raquitismo heredado (1007).

Otro personaje galdosiano, Alejandro Miquis, raquítico, con los nervios siempre en muy alto grado de tensión, víctima de la neurosis, consagrado también al peligrosísimo ejercicio de la imaginación, muere de consunción física, gradual y lenta.[20] En *El doctor Centeno* cabe mencionar al eautopistológrafo Jesús Delgado, el Cristo de la Educación, el Mesías de la Educación Completa,[21] y a los hijos de don José Ido descritos de manera naturalista: «El uno de ellos cojeaba, el otro tenía las piernas torcidas en forma de paréntesis, el tercero ostentaba labio leporino y la mayor y primogénita era algo cargada de espaldas. ...Además, estaban pálidos, cacoquimios, llenos de manifestaciones escrofulosas».[22]

En *Lo prohibido* (1885), baste mencionar el análisis neu-

---

[20] Benito Pérez Galdós, *El doctor Centeno, Obras Completas*, IV, Madrid, Aguilar, 1941, p. 1.385.

[21] Galdós. *El doctor Centeno*, p. 1.396.

[22] Galdós, *El doctor Centeno*, p. 1.428.

ropático de los Bueno de Guzmán: «Todos padecemos, en mayor o menor grado... los efectos de una imperfeccioncilla nerviosa cuyo origen se pierde en la crónica obscura de los primeros Buenos de Guzmán de que tengo noticia».[23]

Acabemos esta brevísima ilustración de lo patológico en la obra galdosiana llamando la atención sobre la personalidad de Maxi Rubín en *Fortunata y Jacinta* (1887),[24] y sobre las anomalías de los «MIAU» (1888) en la novela homónima.

Esta es la época, este el ambiente de Madrid, cuando Alejandro Sawa publica en 1888 su cuarta novela, *Noche*. En sus novelas, Sawa presenta unos tipos psicopáticos con todas las características necesarias para que sirvan de estudio, como si se tratara de personajes vivos. Los concibe sacándolos de la verdad científica. Estas novelas son documentos humanos de inestimable valor para el antropólogo, el criminalista, el historiador y el sociólogo. Sawa describe minuciosamente los caracteres físicos, antropológicos y sociales que influyen en un individuo en su proceso de realización en un ambiente determinado. En *Noche* podemos observar los efectos que las fuerzas de la herencia biológica, unidas a los antecedentes familiares, causan en la determinación del carácter y del destino de los individuos. Dada la premisa de que en cualquier sociedad la normalidad es algo relativo, lo que tácitamente entraña cierto grado de anormalidad, o vice versa, no nos debería parecer extraño el hecho de que Sawa quiera presentar el estudio de los efectos de la herencia psíquica y fisiológicamente patológica en más de tres generaciones de la familia González.

---

[23] Benito Pérez Galdós, *Lo prohibido, Obras Completas,* IV, Madrid, Aguilar, 1941, p. 1.685.

[24] Para un estudio particularizado de las anomalías patológicas en Maxi Rubín, véase Edward Dale Randolph «Abnormal Psychology in *Fortunata y Jacinta;* Maudsley's *The Pathology of Mind* as the Source for Maxi Rubín», M. A. Thesis, Tulane 1958; véase también, Francisco R. Pérez, «Abnormal Characters in Selected Novels of Benito Pérez Galdós», Diss. Texas 1977; Arnol M. Penuel, «Galdós, Freud and Humanistic Psychology» *Hispania,* Vol. 55 March 1972, pp. 66-75.

[25] Alejandro Sawa, *Noche,* Madrid, Administración, 1888, p. 9. Todas las referencias entre paréntesis serán a esta primera edición.

Pasemos entonces a examinar en don Francisco González sus antecedentes familiares y su herencia fisiológicamente considerada:

> Había tal exceso de sangre en su venas, que en ese exceso de sangre estaban indicados la enfermedad y la muerte. Tenía el cuello poderoso, la cabeza pequeña, con tendencias a la figura cónica, los ojos grandes y saltones, muy expresivos de la brutalidad y la glotonería, la boca fina y maliciosa, la nariz gorda y la frente estrecha; a más de esto, era grande y fuerte, con algo de toro en su conjunto, si hemos de creer a los que buscan y hallan semejanzas entre la bestia y el hombre. Un toro, tan capaz del trabajo como de la furia. Dotado de una gran fuerza en la testuz, pero de ningún dinamismo en el cerebro. (9).

Esta constitución extraordinaria no la heredó de su padre, un hombrecillo flacucho y pálido, exangüe, el cual, por las desviaciones morbosas de su propio padre, había nacido «con dos bubones, uno en cada ingle, como los que se adquieren en el comercio con las mozas del partido (13). Su vigor físico así como su facilidad para la iracundia, estaba determinado por un fenómeno de atavismo; lo había heredado de un abuelo suyo por línea paterna, un hombre de gran fuerza y de conducta brutal y que «tuvo una descendencia de escrufulosos y de herpéticos (12-13).» La madre de don Francisco también era insignificante, pequeña y clorótica; era «rubiaca, anémica, casi sin sexo; un repugnante esputo de la humanidad (10).» De los hijos nacidos de estas dos debilidades, Francisco fue el único superviviente. Sus hermanos «fueron sucumbiendo, unos detrás de otros, de miseria orgánica, devorados por la escrófula, arrastrados al hoyo por la raquitis (11).»

Consideremos el aparato moral de Francisco; es decir, la herencia psíquica que consiste en instintos, pasiones y causas que, directa e indirectamente, se heredan de los antepasados, que predisponen e incitan al individuo, y que básicamente, son la verdadera fuerza motriz del determinismo.

Don Francisco heredó de su padre la hipocresía, la cerrazón de horizontes intelectuales, el fanatismo de su devoción, un enorme egoísmo, el espíritu de conservación y la per-

fidia (11,13). Sucedió a su padre en el desempeño de los oficios curiales y dedicaba todo su tiempo libre al exceso de prácticas religiosas (14).

El matrimonio de don Francisco consolidó en la familia González la herencia morbosa. Su esposa, doña Dolores, físicamente era flacucha, rubiaca, anémica, exangüe, con ojos de mirada blanda, y psíquicamente era testaruda, fanática y asustadiza con voluntad siempre dependiente de otra voluntad. Ignorante de todo, con un vocabulario muy limitado, no lograba formar oración gramatical alguna y hablaba con largas intermitencias de período a período (16). Estas son las constituciones psico-biológicas de la pareja que dará a luz a los cinco niños, cuyas vidas serán objeto de estudio en la novela de Sawa.

Los hijos, constreñidos por estos antecedentes familiares, por la educación sacristanesca de sus padres, criados entre costumbres anticuadas, hipócritas e inflexibles, forzados a una pasividad contraria a la salud y al desarrollo, estaban siempre tristes, se miraban unos a otros con desconfianza y eran hipócritas, perezosos y glotones (22). Sawa expone a estos jóvenes al ambiente social madrileño para poder observar el efecto de las distintas fuerzas en la determinación del carácter y del destino de cada uno de ellos.

En *Noche,* Sawa se propone presentar un documento en que sea evidente la responsabilidad de cada persona por el efecto que puede causar directa o indirectamente en otra u otras personas en el encadenamiento vital y social. La seriedad de este propósito resulta más notable si consideramos la necesidad de tales estudios en el desarrollo práctico de la nueva orientación antropológica de la época.[26]

---

[26] Para una ampliación de esto, véase Gilbert Paolini, «Tipos psicopatológicos en *Declaración de un vecino* de Alejandro Sawa». *Crítica Hispánica,* Vol. I, 1979, pp. 87-92; del mismo autor, «La psicopatología en la literatura italo-española: D'Annunzio y Palacio Valdés», *The Two Hesperias,* Porrúa Turanzas, Madrid, 1977, pp. 275-89; otro del mismo autor, «A. Sawa, *Crimen legal* y la antropología criminal», *Crítica Hispánica,* Vol. VI, 1984, pp. 39-50.

La Nueva Escuela Antropológica capitaneada por Lombroso sostiene que los criminales tienen inclinaciones malvadas provenientes de una disposición física y psíquicamente distinta de la de un individuo normal. A diferencia de la Escuela Antropológica Clásica, aquella estudia al delincuente en su constitución física y psíquica y en su vida social no por su perversidad, sino por su peligro para la sociedad, con propósito principalmente preventivo, no punitivo.[27]

Para evitar equivocaciones, es conveniente definir aquí las palabras «delincuente» y «crimen». Llamamos «delincuente» al que delinque o tiene propensión a delinquir, y «delito» o «crimen» un acto en perjuicio de un individuo o en oposición a la ley.

Si nos atenemos a la definición de la palabra «delincuente», los hijos de Francisco, todos psicopatológicos, son delincuentes. Lola, la primogénita, grande como su padre, de temperamento sanguíneo, criada en un ambiente regido por costumbres claustrales, era una mujer hermosa (23).

No resulta tan físicamente armónica la secundogénita, Paca. Más gruesa que su hermana, de color quebrado, sin amplitud del pecho y de las caderas, tímida, de mezquino desarrollo intelectual, era una mezcla del humor positivo del padre, y el negativo de la madre (25). Para las dos hermanas Madrid era una cárcel; su vida transcurría entre la iglesia y la casa (221). Las dos, que en lo físico diferían notablemente, en lo psíquico ofrecieron notables semejanzas hasta que distintos confesores entraron en la arena moral.

Paquita tuvo un confesor viejo, ni indulgente ni severo, que no dejó huella alguna en ella. Murió joven de tuberculosis pulmonar con hipertrofia del corazón (258). Limitada y restringida en la niñez y juventud, dedicándose al constante trabajo para mantener a su familia, acabó por ser delincuente contra su propia vida, sacrificándose hasta el martirio-suicidio.

Don Gregorio, un caso de satiriasis, había convertido el confesonario en verdadera cátedra de libertinaje para Lola.

---

[27] Lombroso, *L'uomo delinquente*, pp. 45-46.

«Llevaba la indiscreción de sus preguntas hasta un cinismo que tenía derecho a pedir plaza en los tratados de medicina legal, allí donde se ocupan de la aberración en los órganos genitales del hombre, el furor erótico o la satiriasis (48).» Bajo su influjo, Lola enfermaba, le asaltaban manías, caprichos extravagantes y se iba acercando al histerismo. Don Gregorio iba preparando el momento en que Lola fuera presa infame de su lujuria, contenida y disimulada por la hipocresía (49). Lola ignorante e histérica asiste, por primera vez, a la tertulia de la señora Gutiérrez, una mujer corrompida, cuya monomanía consistía en concertar enlaces y noviazgos, vicio de «casamentería que en muchas ocasiones llegó a afectar los extremos de una verdadera locura (71).» Allí conoce Lola al joven Galán, con quien huye engatusada por su labia. Abandonada por éste, se refugia en casa del perverso sacerdote, sólo para ser violada por él. Rechazada por su padre, al salir del hospital, «se sintió mala, notó vagamente que podría llegar a ser perversa (145).» Le vinieron a la memoria Galán, que la había deshonrado, don Gregorio, que la había violado y se sintió perversa. Por consiguiente, Lola por su herencia, educación y ambiente, fue a conformarse inexorablemente en el estado psicopático de la delincuencia de la prostitución.

La caída de Lola se debe no solamente a su predisposición genética, sino también al papel que cada persona desempeña al entrar en el perímetro vital de ella. En el encadenamiento vital y social, cada cual es responsable del efecto que puede causar en otro. En el caso de Lola, en casa de los Gutiérrez, la falta de «savoir faire» social, el quedarse sola con Galán, ya que Doña Dolores, para satisfacer su manía, se lleva a su hermana a otro salón, la ausencia de su padre, el cual, como de costumbre está con los hombres mayores, todo contribuye a su caída. «Si aquello no fue una emboscada en que todos, quién más, quién menos, pusieron sus manos, fue ciertamente una de esas acechanzas con que el destino cobarde se complace en envolvernos... (80).»

Como ilustración de un caso opuesto, a pesar de que no pertenece a la familia González, es pertinente presentar aquí

a la mujer del arte, Julia, cuya asociación llevará a Evaristo González a la degeneración y al homicidio. Dejemos que hable el autor:

> Era el suyo un caso de prostitución extraño. Un caso de prostitución más propio de la patología que de la fisiología. Sin antecedentes hereditarios que, a la fuerza, la obligaran a ser tan grande ramera; sin que las influencias, muchas veces mefíticas del medio ambiente, le trastornaran con el sistema nervioso las funciones del pensamiento, sino al revés de todo eso, nacida en un hogar de campesinos honrados y respirando la atmósfera pura de las aldeas gallegas a los doce años escapaba... para entregarse a los vagabundos de la carretera (226-27).

La belleza de Julia era una belleza infernal, una belleza que emanaba perversión, que emborrachaba y trastornaba. Pasando de mancebía en mancebía, insaciable en su apetito carnal, «como si el sexo y las entrañas... fueran invulnerables al hastío y al cansancio (229)», llegó a Madrid. En el amor de este tipo psicopático se degradó perdidamente Evaristo González. Este era guapo, aparentemente inteligente y muy desconfiado. Criado en el mismo ambiente, era, como sus hermanos, hipócrita, perezoso y glotón. A la primera oportunidad abandonó su casa y «su voluptuosidad y su apetito de la vida se tornaron en vicio (225).» Conoció a Julia, se convirtió en su amante oficial y los dos parodiaron el amor con bacanales frenéticas. Poco después, por sus desviaciones morbosas y perversas, le abandona por otro amante. Evaristo, en lo ínfimo de su degradación, enfurecido, siente que la sangre le quema en las venas y nota que hay en su naturaleza algo de su herencia taurina. Delincuente por herencia, por los abusos sexuales y por las circunstancias, acaba asesino, matando al otro amante de Julia. No opone ninguna resistencia al ser detenido e «intensamente pálido, las facciones desencajadas, la boca seca, manchada por una especie de pasta blanca en la comisura de los labios (255)» confiesa: «Madre, yo he matado, yo soy un asesino (257).»

Paco, el predilecto de los padres, el que se había hecho jesuita, es presentado en el último momento, en una situación de suma necesidad: su propio padre le pide dinero para comprar la medicina de la que depende la vida de Paquita. Sin embargo, Paco víctima de sus particularidades de herencia y de las fuerzas ambientales en la Pensión de los Jesuitas, revela su atrofia afectiva; a la súplica del padre, Paco contesta:

> Es inútil que continúe usted hablando; ya he dicho que no puedo hacer nada por usted... Y no olvide usted, para ahora en adelante, que mis estatutos me prohiben tener familia... Yo no conozco a usted para nada (292).

Observemos a Nazario González con su esposa Venancia: «Dos bestias y no dos monstruos: moldeados en una carne de idéntica composición química que la del resto de la humanidad, pero influídos por la pasión y capaces del crimen, por consiguiente (195-96).»

Los dos son delincuentes por pasión. Enloquecidos por el placer de los sentidos, aleados por la lascivia, los dos eran capaces de todo. La conciencia, el honor y la misericordia no tenían ningún sentido práctico para ellos. Decidieron deshacerse del «otro», del marido de ella (195), y lo concertaron todo, con mucha tranquilidad, como si fuera un asunto comercial, después de haber comido mucho y mientras saboreaban el café a sorbitos (179). Llegada la hora, «sin violencia; el corazón sereno, normal el pulso, iluminada la cabeza con algo de la emoción estética que lleva el artista a su obra, hizo la mujer el asesinato del marido, en un todo de acuerdo con Nazario (196).»

Venancia, hermosa, y Nazario, robusto y joven, al conocerse fueron arrastrados por un apetito desordenado de los deleites carnales. Los dos asesinan, por medio de un tóxico, a un hombre inofensivo, «con todas las circunstancias agravantes que marca el código (195).» Sin embargo, Sawa reitera de nuevo la actitud y la filosofía de la Nueva Escuela Antropológica al eximirles a ambos de toda responsabilidad, y aclara: «Irresponsables; merecedores, cuando más, de la jaula de

hierro del manicomio penal (195).» El autor no nos habla de la herencia de Venancia; en cuanto a Nazario, ya hemos trazado sus antecedentes familiares, que le predisponen a seguir por el camino del vicio y del crimen. Nazario posee varios de los rasgos comunes entre los delincuentes.[28] Es moreno, tiene los ojos de color azulado, «de mirar poderoso, saltones como los de su padre, al nivel de la cara; el oval facial ensanchado por los maxilares, la boca grande armada de una blanquísima dentadura que resultaba terrible como la de un dogo, por el considerable desarrollo de los dientes caninos,[29] largos como los de la bestia de presa, y el pelo negro y espeso, cubriéndole casi todo el frontal, brotándole casi de las mismas cejas (43),» [30] el estómago poderoso, el «aparato nervioso, casi nulo sólo el suficiente para recoger y trasmitir las sensaciones... (165).» La grosería de su temperamento hace más fácil su adaptación a la bulla humana (164). Como sus hermanos y su madre, carece de carácter, pero posee una terquedad inquebrantable, un egoísmo extremado (34) y una torpeza afectiva. Con un enorme vacío moral en la cabeza, es la bestia humana: «Es todo carne, músculos y huesos» (165). Es, según los libros de zoología el «animal hominal o humano, Homo (166).»

Si comparamos esta descripción física y moral con algunos de los rasgos señalados anteriormente en este estudio, parece evidente que Nazario tenía dentro de sí gérmenes de criminalidad y, según las teorías de Lombroso, su rectitud se debía sólo a la ausencia de la ocasión. Fue Venancia la fuerza maléfica que le dio el empuje final hacia el delito.[31]

Resumiendo, podemos afirmar que todos los hijos de Francisco González son psicopatológicos; todos, según la previa definición, son delincuentes: Lola se hace prostituta, Paquita muere mártir-suicida, Paco se hace... jesuita y Nazario,

---

28 Lombroso, *L'uomo delinquente*, pp. 435-36.
29 *L'uomo delinquente*, pp. 77, 86.
30 *L'uomo delinquente*, pp. 176-79.
31 *Luomo delinquente*, p. 87.

como su hermano Evaristo, acaba homicida. Y ¿qué de los padres? Los últimos párrafos de la novela, a guisa de conclusión simbólico-realista, presentan un paisaje, donde es imposible la vida. La herencia biológica y psíquica es la fuerza trágica en la colosal tragedia de la familia González. Don Francisco y su esposa, viejos rechazados por todos, abandonados por los hijos, son, en el fúnebre paisaje de la vida, dos árboles escuetos, sin vida, sin hijos, sin nietos, rodeados de tristeza, víctimas de la herencia psíquica y fisiológicamente patológica y de la casualidad ambiental:

> ...dos árboles, dos pobres árboles escuetos, levantando grotescamente sus ramas al cielo en actitud de pedir consuelo, sin verdores, sin retoños, sin pájaros y sin hojas, con el tronco negro por la vejez y por el rayo (294).

Sawa no podría estar más de acuerdo con los críticos que tacharon esta novela de pesimista. El mismo título de la novela, *Noche,* lo implica, y el caso de la familia González lo ilustra. Sin embargo, en las dos últimas líneas de la novela, Sawa nos revela su propio estado de ánimo en relación a la triste, lógica e inevitable conclusión a que ha llegado, dados los elementos en juego en la familia González: «Es un lugar lleno de melancolía, que yo no recuerdo nunca sin experimentar hondísima tristeza (294).» Alejandro Sawa y los otros escritores naturalistas sienten el deber, la obligación moral, de examinar y reproducir los ambientes degenerados para que éstos puedan ser purificados. En 1885, en la «Dedicatoria» a *La mujer de todo el mundo,* Sawa afirma:

> Tan miserables somos, que parecemos nacidos para complacer a alguien que goza con la muerte; pero podemos protestar de esa inteligencia del mal que parece presidir los destinos, viviendo en serio, tomando la vida, no como a una querida sino como a un conflicto, y estudiándolo para resolverlo.[32]

---

[32] Alejandro Sawa, *La mujer de todo el mundo,* Madrid, Ricardo Fe, 1885, p. 3.

Mas adelante añade:

> el filósofo va dejando de ser el ideólogo inofensivo... dentro de poco, y merced a los progresos cada vez más admirables de la escuela positivista, será tan hombre de acción como el albañil o el botánico; todo este esfuerzo individual unido, produce una cosa: el progreso.[33]

Tres años más tarde en el prólogo a *Noche,* se dirige a Luis París diciéndole:

> Tú y yo... tenemos... un ideal fijo tras del cual marchamos a grandes o a pequeñas jornadas, según las fatalidades del momento, y hasta un poco de conciencia (5).

¿Nos hubiera dado Sawa una vislumbre de esperanza en *Alborada,* la segunda parte de *Noche,* que nunca llegó a escribir?

Lo que exuda, salta, emerge de *Noche* es una exclamación de dolor y de tristeza que nos hace reflexionar sobre las miserias y debilidades humanas y darnos cuenta de la necesidad de la acción depurativa y regenerativa de la sociedad.

Francisco Villegas, al abrirse la década de los noventa, describe la atmósfera literaria:

> Las mujeres son neuróticas, los hombres desequilibrados, la acción una historia médico-legal o un caso de locura o de obstetricia y el desenlace, casi sin excepciones, el suicidio. La sociedad que este arte... nos presenta, seméjase a un hospital enorme, a un manicomio colosal o a un presidio suelto.[34]

Esta cita de Villegas, si bien con un poco de exageración, nos recalca el ambiente ebullente de actividades artísticas que se entrelazan y se equilibran con la tendencia científica. El no-

---

[33] Sawa, *La mujer de todo el mundo,* p. 4.

[34] Francisco Villegas, «Impresiones literarias», *La España Moderna,* Agosto, 1892, p. 202.

velista naturalista, con el propósito de conseguir para el hombre las mejores condiciones sociales posibles, y para cumplir con su misión de científico, siente la necesidad de investigar, analizar y estudiar el ambiente que le rodea y penetra insistentemente en el campo antropológico, jurídico, filosófico o médico.

GILBERT PAOLINI
Tulane University